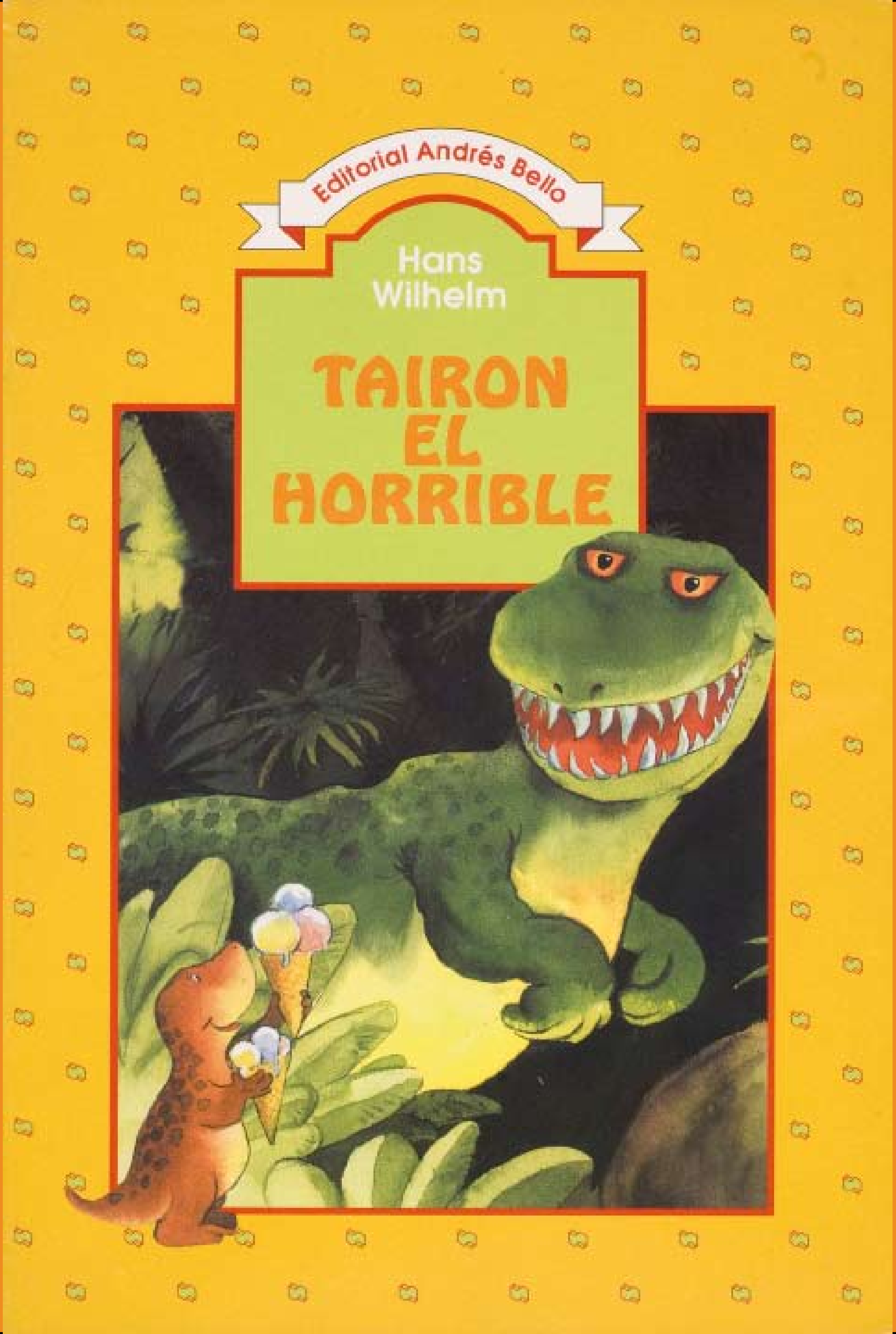

Editorial Andrés Bello
Hans
Wilhelm
TAIRON
EL
HORRIBLE

Nº 74.914-1

TAIRON EL HORRIBLE



Texto e ilustraciones de
HANS WILHELM

EDITORIAL ANDRES BELLO



Bonifacio era un pequeño dinosaurio.
Vivía con su padre y su madre
en un gran bosque pantanoso.

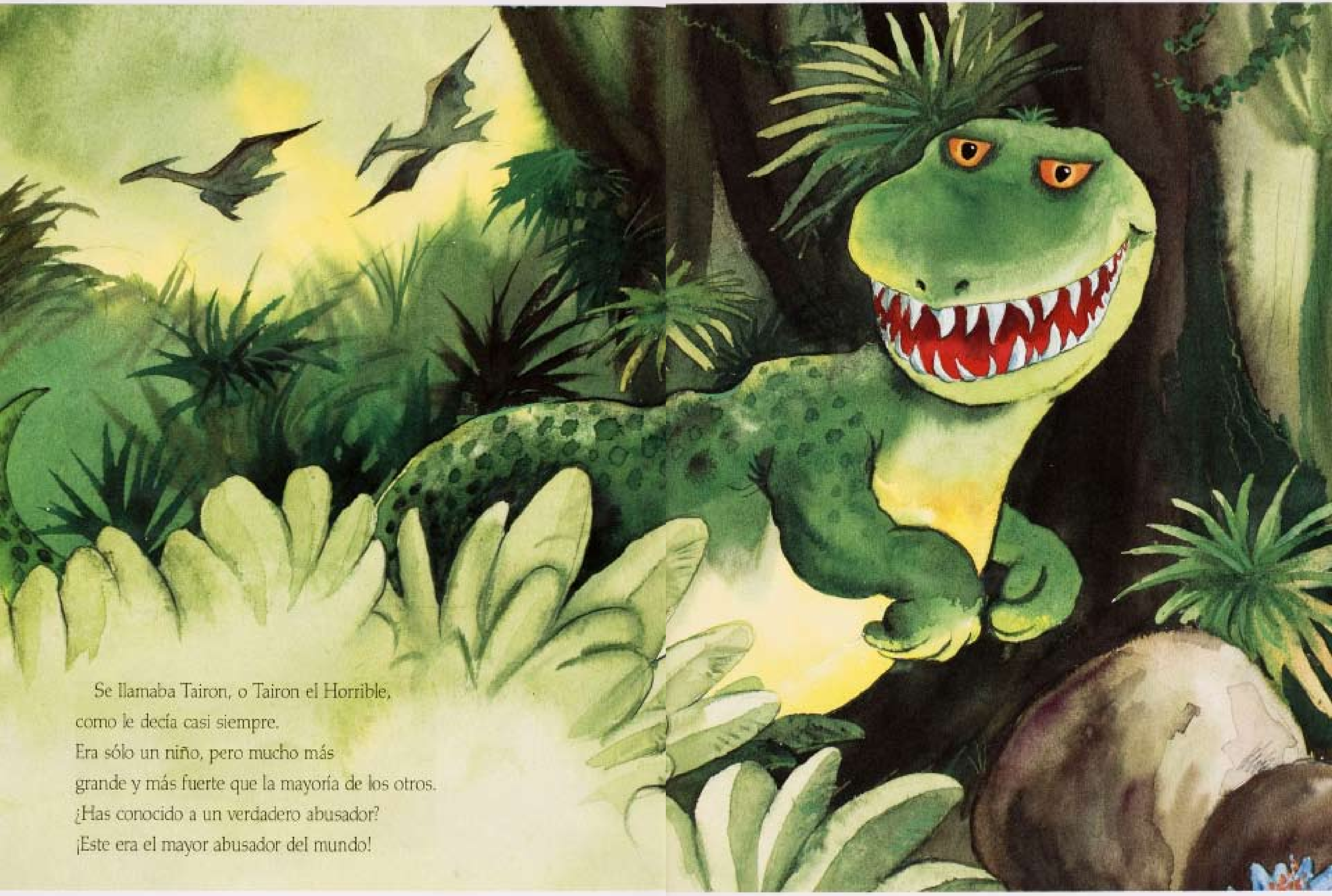


Había muchos dinosaurios niños
en el vecindario de Bonifacio.



Jugaban juntos todos los días
y Bonifacio era amistoso con todos;
con todos, menos con uno...





Se llamaba Tairon, o Tairon el Horrible,
como le decía casi siempre.
Era sólo un niño, pero mucho más
grande y más fuerte que la mayoría de los otros.
¿Has conocido a un verdadero abusador?
¡Este era el mayor abusador del mundo!

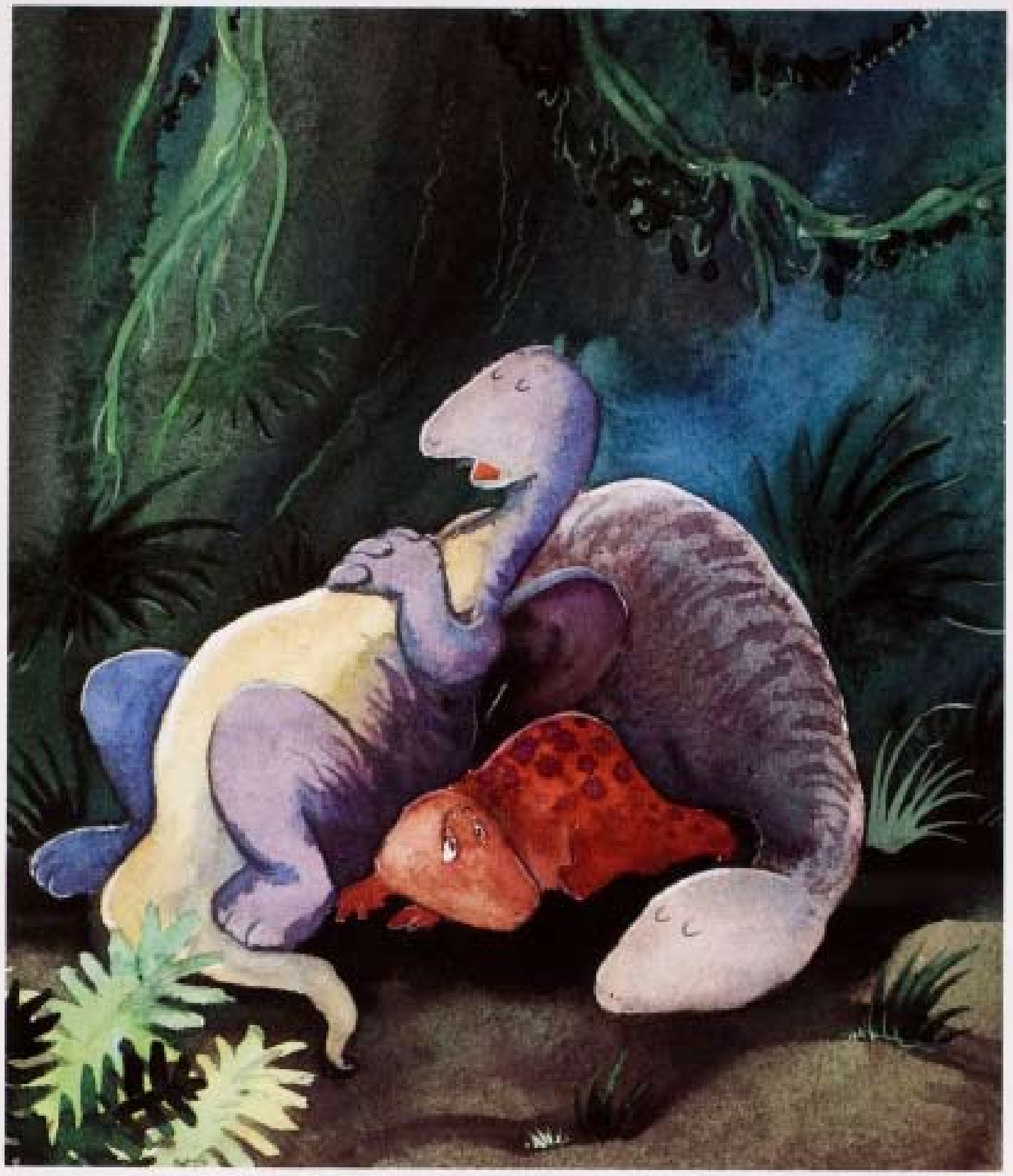


A Tairon sobre todo le gustaba molestar a Bonifacio.
Le pegaba, se burlaba de él y siempre
le robaba la comida o el sandwich.



Bonifacio trataba de mantenerse fuera del camino de Tairon.
Pero no importaba dónde fuera:
Tairon siempre lo estaba esperando.





A Bonifacio le costaba mucho quedarse dormido por la noche. Se quedaba pensando maneras de evitar a Tairon. Parecía no haber esperanzas.

Los compañeros de Bonifacio trataban de ayudarlo.

–Tienes que hacerte amigo de Tairon –le dijo Fabián a Bonifacio un día.

–Es más fácil decirlo que lograrlo –dijo Bonifacio–. ¿Cómo te puedes hacer amigo de alguien que toda la vida te molesta y se burla?

–Tienes que hacerle un regalo y demostrarle que él es importante para ti –dijo Fabián.

Bonifacio se quedó pensando. ¿Qué clase de regalo podía hacerle a Tairon? Entonces recordó que Tairon siempre le quitaba la comida y los sandwiches.

–¿Un regalo para Tairon? –se preguntó–. Bueno, nada se pierde con intentarlo.

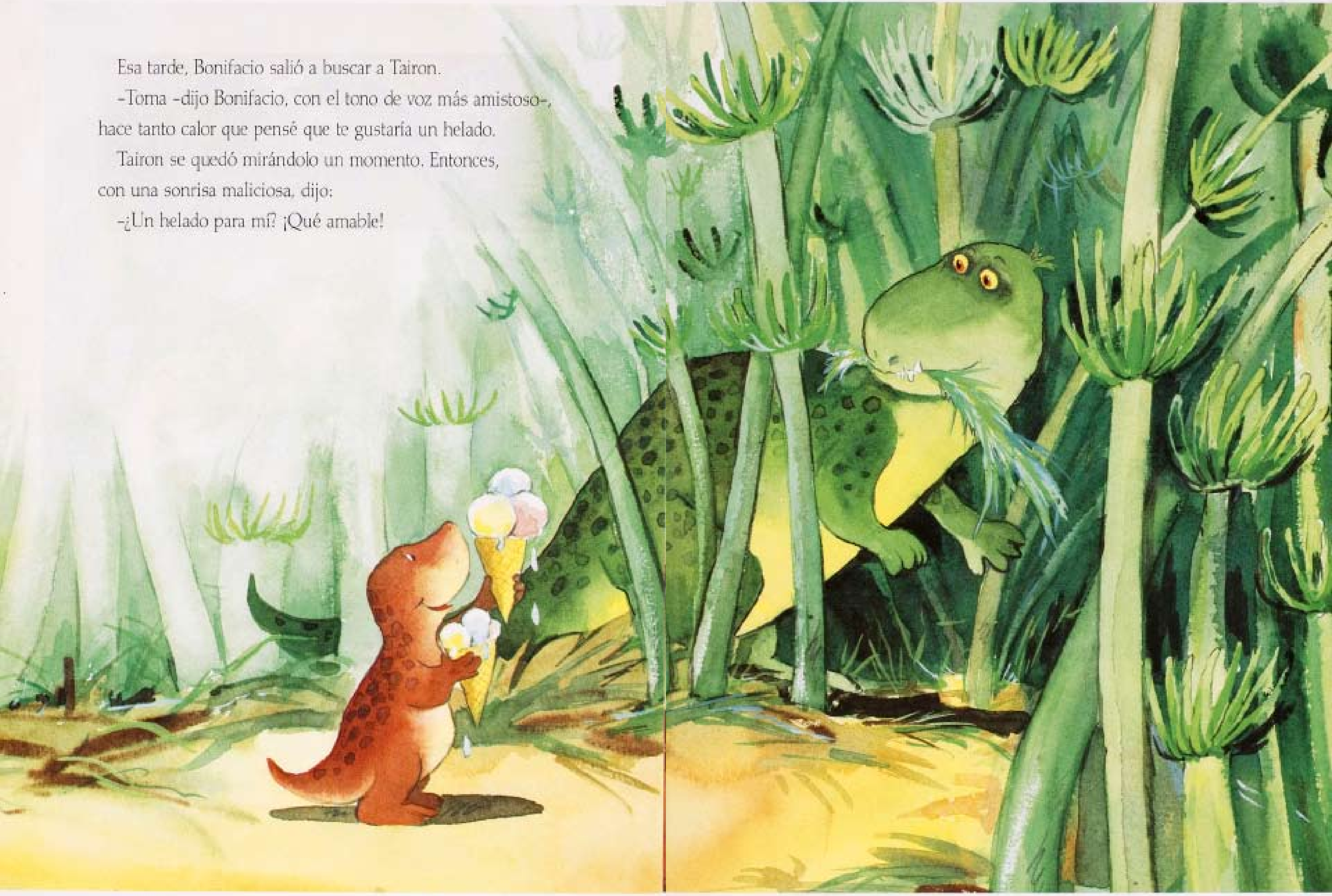


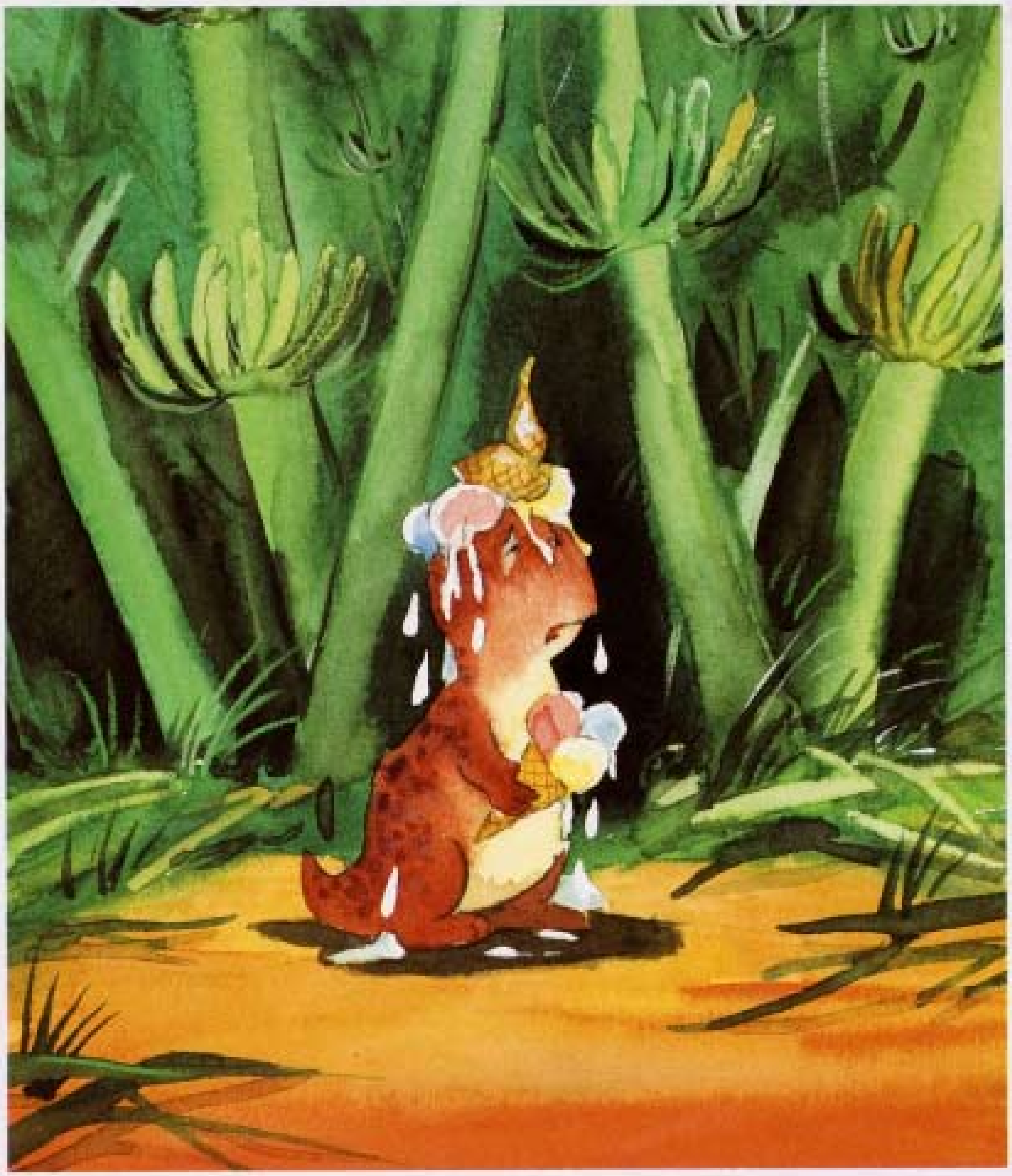
Esa tarde, Bonifacio salió a buscar a Tairon.

-Toma -dijo Bonifacio, con el tono de voz más amistoso-, hace tanto calor que pensé que te gustaría un helado.

Tairon se quedó mirándolo un momento. Entonces, con una sonrisa maliciosa, dijo:

-¿Un helado para mí? ¡Qué amable!





Tairon agarró el helado. Lo dio vuelta
y se lo reventó a Bonifacio en la cabeza.

-¡Ja, ja, ja! -rió Tairon mientras se alejaba.

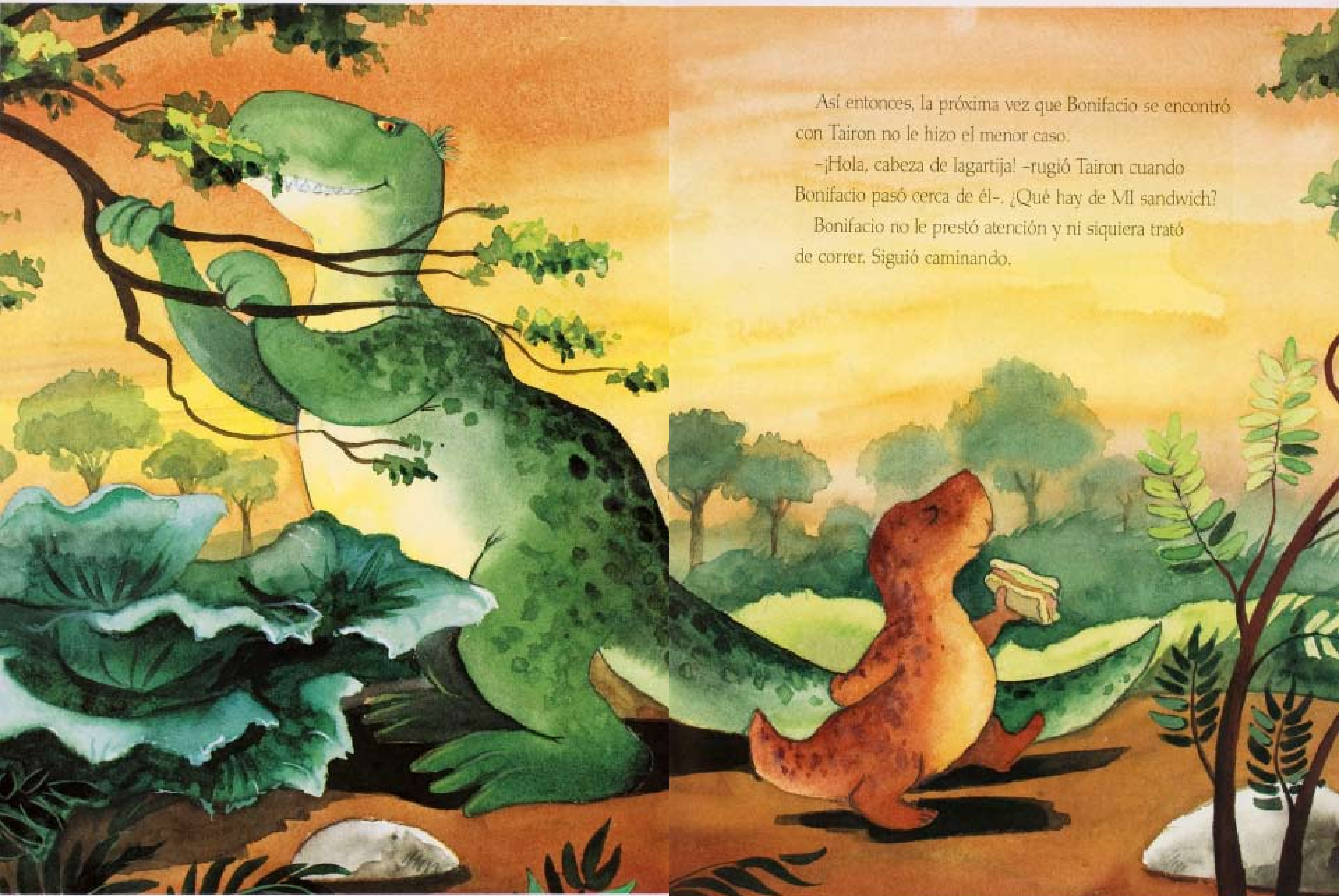
Bonifacio escuchó un buen rato el eco de la risa
de Tairon en el bosque.

Al día siguiente, Bonifacio le contó a su amiga Dulcelina
lo que había sucedido.

-Te lo estás tomando demasiado en serio -dijo Dulcelina-.
No le hagas más caso a ese abusador cuando
trate de molestarte. Quédate tranquilo.
Es lo único que va a entender.

-No es nada fácil quedarse tranquilo cuando estás asustado
-dijo Bonifacio-. Pero voy a intentarlo.

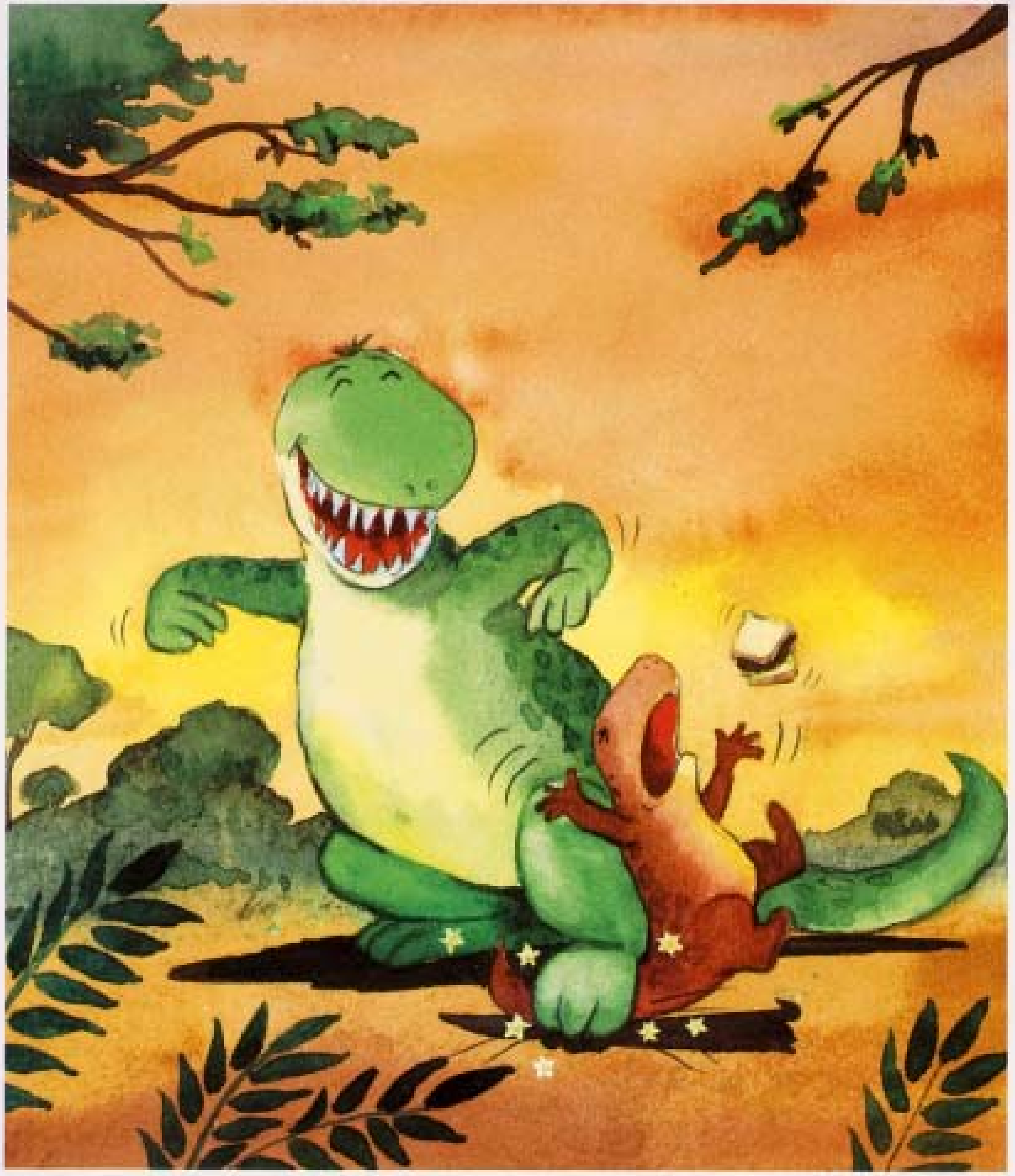




Así entonces, la próxima vez que Bonifacio se encontró con Tairon no le hizo el menor caso.

–¡Hola, cabeza de lagartija! –rugió Tairon cuando Bonifacio pasó cerca de él–. ¿Qué hay de MI sandwich?

Bonifacio no le prestó atención y ni siquiera trató de correr. Siguió caminando.



-Parece que otra vez voy a tener que atenderme yo mismo -dijo Tairon. Y le pisó la cola a Bonifacio hasta que soltó el sandwich.

Bonifacio trató de esconder las lágrimas. Pero le dolía mucho.

Los amigos de Bonifacio se enfurecieron cuando descubrieron lo que Tairon le había hecho.

-Es hora de responder a esos ataques -dijo Estéfano-. Tairon ya ha abusado demasiado contigo. Enfréntalo y demuéstrale que tú también eres un dinosaurio. Puedes ganarle cualquier pelea. Tairon no es más que un hablador, un farsante.

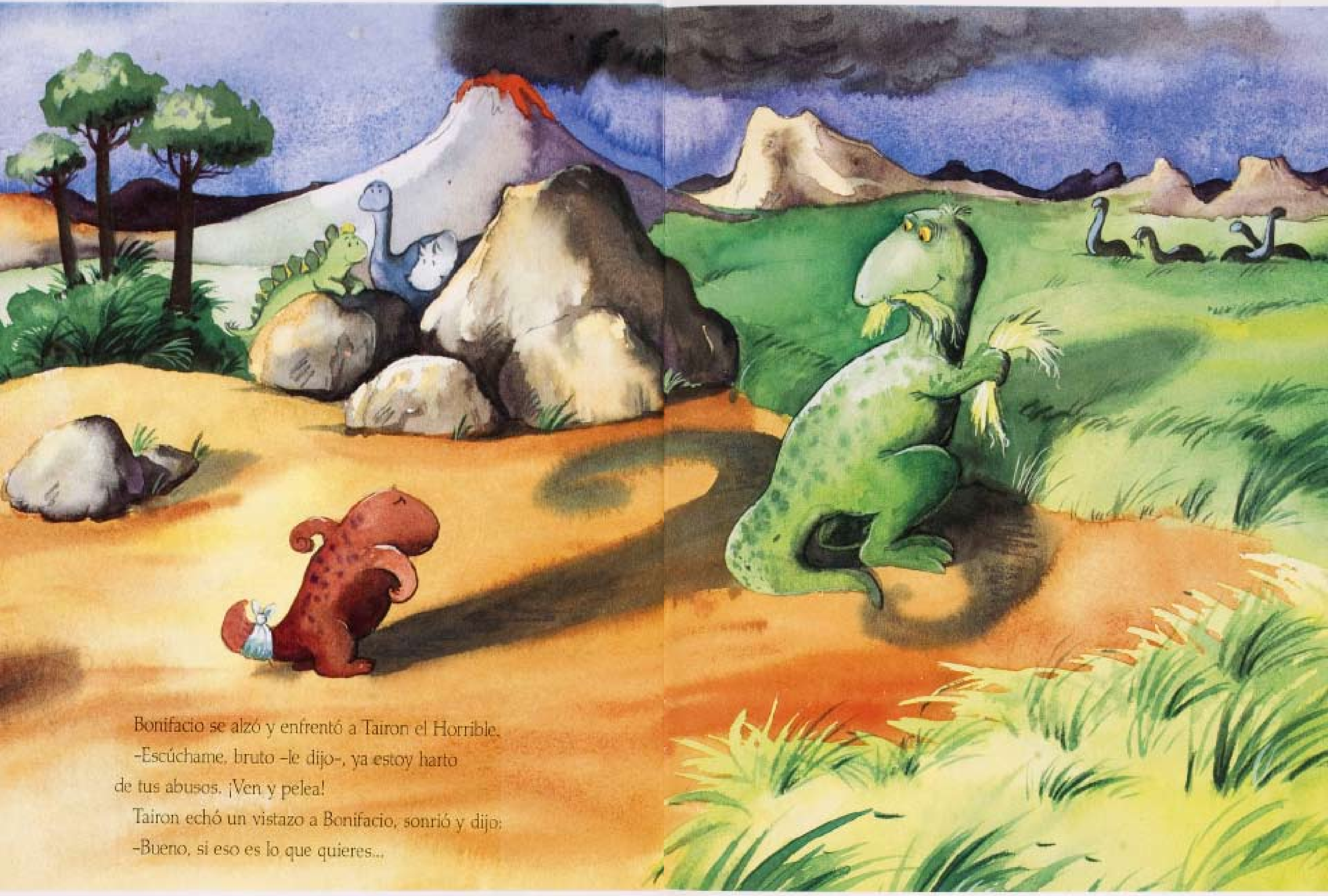
Bonifacio también estaba furioso.

-Tienes razón -contestó-. Quizás debería encararlo y terminar con esto de una vez por todas.

-Bien -dijo Estéfano-, hagámoslo ahora mismo.

Y los cuatro amigos partieron en busca de Tairon.



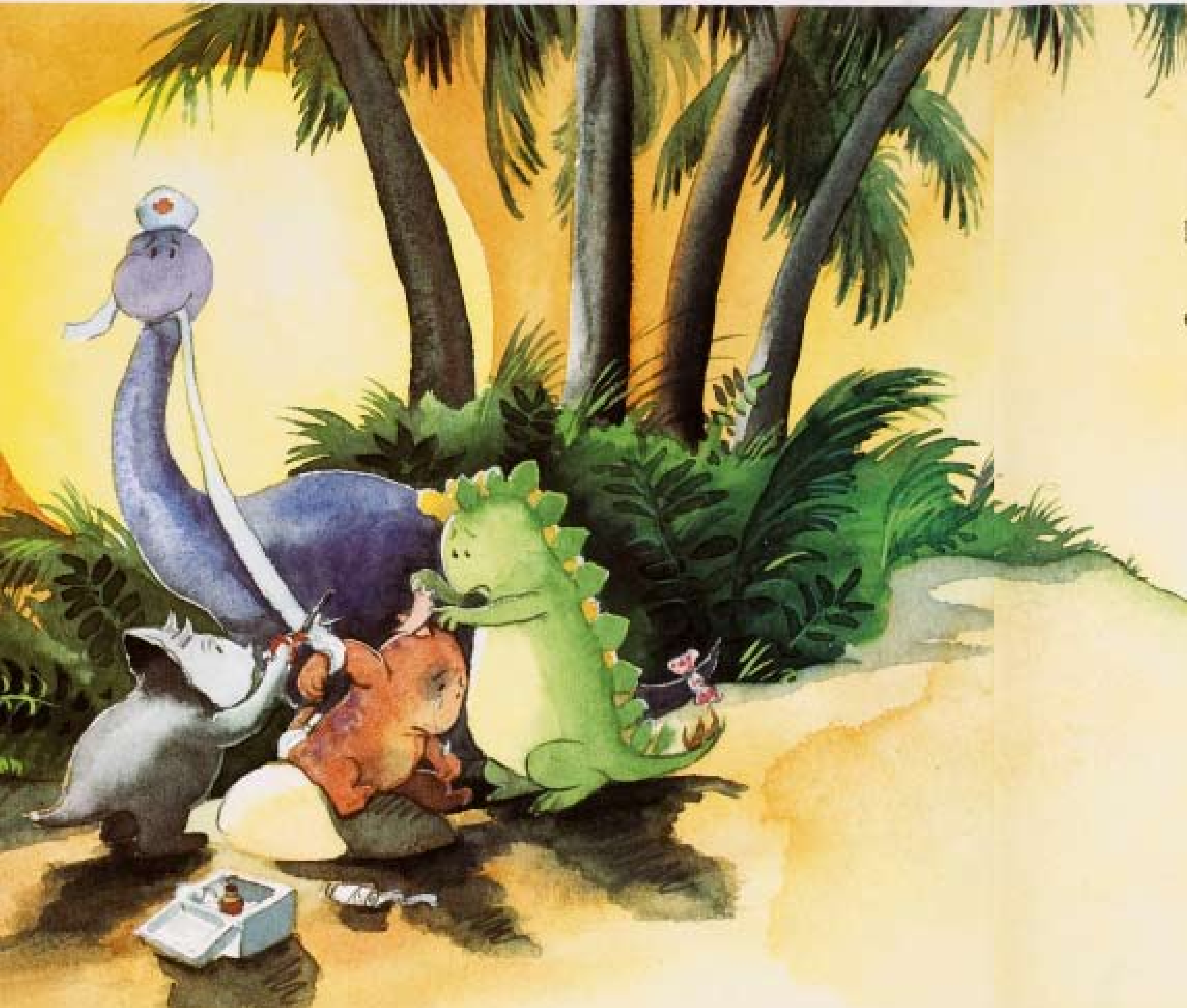


Bonifacio se alzó y enfrentó a Tairon el Horrible.

-Escúchame, bruto -le dijo-, ya estoy harto de tus abusos. ¡Ven y pelea!

Tairon echó un vistazo a Bonifacio, sonrió y dijo:

-Bueno, si eso es lo que quieres...



La pelea fue muy breve.

El pequeño Bonifacio no tenía ninguna posibilidad contra su gran enemigo.

–Lo siento –dijo Estéfano–. No fue una idea muy buena. Mejor te das por vencido. A algunos abusadores no se los puede vencer. Tienes que aprender a vivir con ellos, te guste o no te guste.

Pero a Bonifacio no le gustó la idea.

"Tiene que haber un modo de vencer a un abusador", pensaba.

Todavía seguía pensando cuando salió la luna y las estrellas llenaron el cielo.

De repente exclamó con una enorme sonrisa:

–¡Ya lo tengo!

Después se acomodó y rápidamente se quedó dormido.







A la mañana siguiente, Bonifacio tomó su sandwich y, como de costumbre, se dirigió al bosque pantanoso. Muy pronto se encontró con Tairon.

–¿Algo para mí? –rugió Tairon–. Espero que sea bueno.

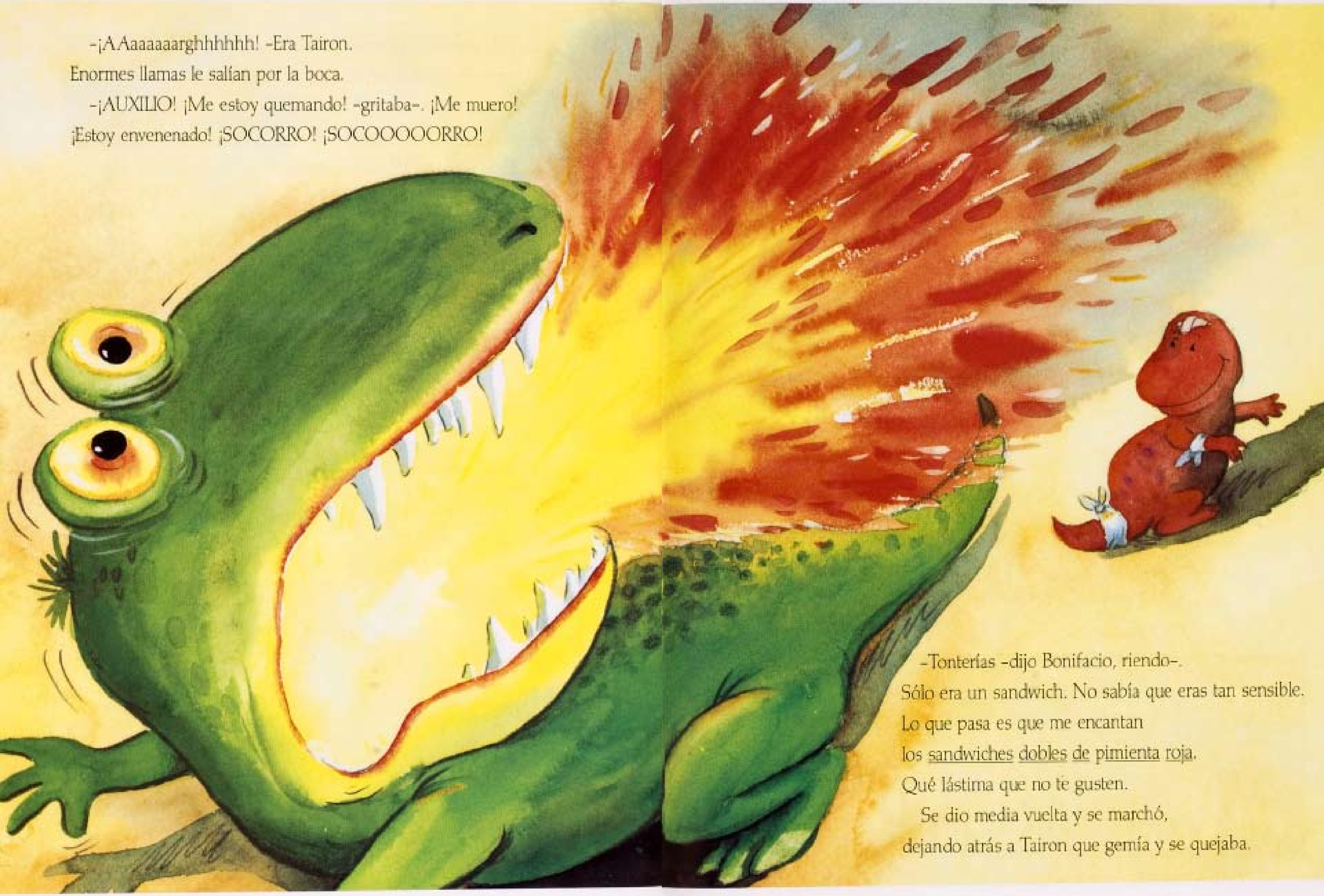
En seguida le arrebató el sandwich a Bonifacio y se lo tragó de golpe.

Bonifacio se alejó lo más rápido que pudo. De súbito, se escuchó un alarido terrible.



–¡AAaaaaaarghhhhhh! –Era Tairon. Enormes llamas le salían por la boca.

–¡AUXILIO! ¡Me estoy quemando! –gritaba–. ¡Me muero! ¡Estoy envenenado! ¡SOCORRO! ¡SOCOOOOORRO!



–Tonterías –dijo Bonifacio, riendo–. Sólo era un sandwich. No sabía que eras tan sensible. Lo que pasa es que me encantan los sandwiches dobles de pimienta roja. Qué lástima que no te gusten.

Se dio media vuelta y se marchó, dejando atrás a Tairon que gemía y se quejaba.



Desde entonces, Tairon se mantuvo lo más lejos posible de Bonifacio.
Todo el día, Bonifacio jugaba feliz con sus amigos en el bosque pantanoso y nunca más le costó quedarse dormido en la noche.





Mucho, muchísimo tiempo después,
unos científicos encontraron a Tairon el Horrible.
Se lo veía un poco distinto,
pero aún tenía esa desagradable sonrisa.